



EL Pescador

OBISPADO CASTRENSE DE COLOMBIA
UNA IGLESIA EN ESTADO PERMANENTE DE MISIÓN

NÚMERO 105

Septiembre - Octubre 2026

ISSN 1692 - 7621

La Cruz fuente de Esperanza



Defensa





CONTENIDO

- 03 Editorial
- 04 «Señor, si hubieras estado aquí»
- 06 La fe que permaneció después del fuego
- 08 Colombia de pie: seguridad, servicio y reconstrucción nacional
- 10 Jóvenes castrenses: un llamado a la misión permanente
- 11 Hay momentos...
- 12 San Jorge: una obra de fe construida por todos
- 13 ¿Sabías que el CACOM 4 lleva 72 años haciendo historia en los cielos de Colombia?
- 14 Noticias
- 15 Actividades Pastorales
- 16 Actividades Áreas
- 17 Fechas que nos unen

Monseñor José Roberto Ospina Leóngomez

Obispo Emérito de Buga y Administrador
Apostólico Obispado Castrense de Colombia

Pbro. Willian Alexander Luz Cardenas
Delegado Área TIC's

Tp. Nathaly Martínez Bernal
Comunicadora Social y Periodista

María Valentina Rodríguez Pinzón
Comunicadora Social y Periodista

IJ (RP) James Guapacho Jiménez
Comunicador Social y Periodista -
Diagramador

Andres Felipe Agudelo Tibocha
Auxiliar de Policía





Editorial

Mons. José Roberto Ospina Leóngomez

Obispo Emérito de Buga y Administrador
Apostólico Obispado Castrense de Colombia

Hemos vivido un terremoto de proporciones que ninguno pudo calcular, cuando en la mañana del 10 de agosto, siendo las 7:34 am., la tierra colombiana se estremeció con ese casi interminable temblor. A los pocos minutos empezamos a oír noticias de todo el territorio nacional, en especial en el occidente del país, desde el Chocó hasta el Cauca, en el que se evidenciaba la magnitud de la tragedia: vimos desplomarse edificios, casas caer, gente aterrada corriendo y gritando, heridos, ambulancias, incomunicación de algunas regiones, y mil situaciones que sólo producían dolor y llanto.

Pero eso mismo ha hecho que los colombianos volviéramos a sentirnos hermanos para tender una mano, recoger víveres, llevar agua, trasnochar en busca de sobrevivientes, alojar damnificados, orar por quienes todo lo perdieron. En fin, la solidaridad ha brillado en este mes de agosto.

En este número de la revista Pescador, hemos querido dedicarla una reflexión sobre el sentido salvador de la Cruz de Jesucristo, por celebrarse el 14 de septiembre a nivel universal el día de la Santa Cruz y el 15 la fiesta de Nuestra Señora Dolorosa.

San Pablo, en la Carta a los Efesios 2, 14ss, nos dice: "Jesucristo es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba: la enemistad...para crear en sí mismo, de los dos, un solo hombre nuevo. Reconcilió con Dios a ambos por medio de la cruz..." La cruz rompe muros y nos acerca, como lo hemos estado viendo en el desastre y penalidades de tantos colombianos.

¿Qué significa la cruz? Para nosotros los creyentes es la expresión del amor de Jesús que fue capaz de dar su vida por todos, para salvarnos del odio, del egoísmo, de la indiferencia, de la violencia, de la injusticia y de todo lo que divide a los pueblos y a las personas. Más aún, a través de su sufrimiento y de su pasión y muerte, hace posible que nuestros sufrimientos, nuestras enfermedades, problemas y aún la misma muerte de seres queridos, tengan una dinámica de salvación si la unimos a Él. La vida es como un riachuelo que pasa por cascadas, remansos, turbulencias y hasta cataratas, antes de llegar al mar. Saber ofrecer al Señor nuestra vida cada día con sus alegrías y tristezas, sufrimientos y problemas, es ponerle un generador a la caída vertiginosa de una catarata, y tener esa energía de salvación que se esconde allí.

Asociada a la cruz de Cristo estaba María, su madre. La fiesta de Nuestra Señora de los Dolores, nos permite adentrarnos en los sentimientos de una madre desecha, que ve maltratado a su único hijo, crucificado como un infame, siendo inocente, burlado y escarnecido. Ella ha unido todo ese dolor infinito de madre por la salvación del género humano. Que nuestros hermanos que más han sufrido por esta calamidad nacional, puedan unir su cruz y sufrimientos a quien les dará fortaleza interior, serenidad y esperanza.

Pidámosle a la Virgen Dolorosa que interceda por nosotros para que, en medio del trasegar de la vida, podamos darle pleno sentido a lo que nos toque vivir cada día hasta llegar a la Patria celestial.



Palabra que ilumina



«Señor, si hubieras estado aquí»: la Cruz como faro de esperanza frente a la tragedia del terremoto

El misterio del sufrimiento humano adquiere una crudeza especial cuando un terremoto destruye, en pocos segundos, la estabilidad y el futuro material de miles de personas. Ante las ruinas, el dolor y la pérdida, el ser humano no busca únicamente explicaciones técnicas: busca a su Creador y puede elevar, como Marta ante la muerte de su hermano: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto» (Juan 11, 21).

La respuesta de Dios a este grito no llega como una explicación filosófica sobre el origen del mal, sino como una presencia: la Cruz. En medio de los escombros, la Cruz de Cristo recuerda que Dios no es ajeno al sufrimiento, sino que entra en él, acompaña al que lo ha perdido todo y sostiene al sobreviviente.

Pbro. Andrés Menco Delgado
Capellán Comando Aéreo de Combate No 3 de la FAC

Para comprender este misterio, debemos recordar la imagen de la serpiente de bronce durante el éxodo. Ante el dolor y la muerte causados por las serpientes, Dios pidió a Moisés levantar una serpiente en un madero para que quienes la miraran conservaran la vida (cf. Números 21, 8-9). Siglos después, Jesús relacionó esta imagen con su propio sacrificio: «Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3, 14-15).

En un terremoto, las grietas, los hierros retorcidos y las ruinas pueden convertirse en símbolos del miedo, el trauma y la desesperanza. Por eso, mirar la Cruz es un acto de fe: significa apartar los ojos de la destrucción para fijarlos en Aquel que ha vencido el caos y la muerte.

La Cruz también derriba la sensación de abandono. Cristo experimentó el despojo, el dolor y el sufrimiento humano. Al contemplarla, quien ha quedado sin hogar puede reconocer a un Dios que conoce el dolor de quedarse sin nada y que permanece junto a la criatura sufriente. La Cruz se convierte así en una señal que dice: «Yo estoy aquí contigo, en el suelo, en el dolor, en la pérdida».

Esta esperanza no significa negar el dolor ni exigir una alegría falsa. La teología de la Cruz valida el lamento. El propio Jesús, en la Cruz, expresó su sensación de desamparo (cf. Marcos 15, 34). Por eso, quien sufre tiene derecho a llorar y clamar, sabiendo que Dios recibe ese grito. Pero la Cruz no es el final: está unida a la tumba vacía. No se puede comprender la Cruz sin la Resurrección. La muerte no tiene la última palabra.

Después de las primeras horas de emergencia llega una etapa igualmente difícil: reconstruir. Cuando los equipos de rescate se retiran y las cámaras se apagan, comienza el desafío de volver a empezar. La Cruz recuerda que no basta con reconstruir casas y estructuras; también es necesario reconstruir la vida sobre fundamentos más firmes: la justicia, la solidaridad, la fe y el amor a Dios y al prójimo. Ese «amor en forma de Cruz» se hace visible en quienes ayudan después de la tragedia: en el vecino que arriesga su vida para salvar a otro, en el médico que atiende en medio de las dificultades y en los voluntarios que llevan alimentos y ayuda a quienes lo han perdido todo. Así se cumple el mandamiento de Cristo: «Que os améis unos a otros, como yo os he amado» (Juan 15, 12-13). La Cruz deja entonces de ser un símbolo estático y se convierte en servicio, compasión y esperanza.

En el diálogo con Marta, Jesús pronuncia una pregunta que también resuena entre las ruinas: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. [...] ¿Crees esto?» (Juan 11, 25-26). Creerlo cuando todo permanece intacto puede parecer sencillo; hacerlo cuando se contempla el lugar donde antes estaba el hogar es un verdadero acto de fe.

Finalmente, la Cruz nos recuerda tres certezas: Dios está presente en el dolor; la vida tiene la última palabra sobre la muerte; y la fidelidad de Dios permanece firme, aunque la tierra sea removida.

Mientras la tierra siga gimiendo a través de los sismos, la Cruz continuará levantándose entre las ruinas como un faro de esperanza. Sus brazos extendidos abrazan el dolor de quienes lo perdieron todo y señalan hacia la verdadera Roca y seguridad: Dios, que venció al mundo desde el madero del Calvario.





La fe que permaneció después del fuego

María Valentina Rodríguez Pinzón
Comunicadora Social y Periodista

Hay momentos en la vida en los que las palabras parecen quedarse cortas. Momentos en los que el ser humano descubre que no puede controlarlo todo y que, frente al dolor, solo queda aferrarse a aquello en lo que se cree. Para el subteniente Miguel Ángel Mejía Gutiérrez, uno de esos momentos llegó en septiembre de 2025, durante una operación militar en una zona rural de Villagarzón, Putumayo. Mientras intentaba auxiliar a uno de sus compañeros, las llamas alcanzaron cerca del 50 % de su cuerpo. Desde entonces comenzó una lucha que se extendió por 17 cirugías, largas horas en UCI y días en los que su recuperación parecía una batalla distinta cada vez.

En medio de todo aquello, Miguel Ángel encontró en Dios la fuerza para continuar. No le pedía que desapareciera el dolor. Su oración era más sencilla y, al mismo tiempo, más profunda, le pedía que le ayudara a soportarlo. Era su manera de entender la fe, no como una promesa de que nada malo sucedería, sino como la certeza de que podía atravesar el sufrimiento acompañado por Dios.

Una de las mayores preocupaciones fue su mano, que estuvo a punto de perder. Miguel Ángel es devoto de San Miguel Arcángel y llevaba su imagen tatuada en el brazo. Durante el proceso pidió a Dios y a San Miguel que le ayudaran a conservarla. Finalmente lo consiguió. El fuego borró el tatuaje, pero aquella devoción permaneció intacta y adquirió un significado diferente, ya no estaba solamente en una imagen sobre su piel, sino en la experiencia de haber confiado cuando más difícil era hacerlo.

[Clic aquí para ver la entrevista](#)



Foto: Andrés Agudelo

Mientras Miguel Ángel luchaba por recuperarse, sus padres libraban otra batalla, la de sostener a su familia mientras esperaban noticias de su hijo. Su mamá fue uno de los pilares de aquellos días. Con una templanza que Miguel Ángel todavía recuerda, cuidó de sus tres hijos y de su esposo, intentando mantener la fortaleza en casa aun cuando por dentro también sentía miedo. Miguel Ángel dice que nunca la vio llorar. Sin embargo, entraba a la UCI con los ojos hinchados. Lloraba lejos de él para poder regresar y darle la fortaleza que necesitaba.



Su papá también encontró una manera de acompañarlo. Como no podía ver a Miguel Ángel dentro de la UCI, desde afuera le hacía un silbido que le había hecho desde niño. Miguel lo escuchaba desde su habitación. En medio del sonido de los equipos médicos, aquel silbido era una señal de que su papá estaba cerca. Era una forma sencilla de decirle que no estaba solo.

Para sus padres, además, hubo momentos que vivieron como signos de esperanza. Durante los días más difíciles en la UCI, aseguran haber sentido olor a rosas, algo que asociaron con la presencia de la Virgen María. En medio de la incertidumbre, aquel aroma se convirtió para ellos en un consuelo y en una manera de sentir que Dios también estaba acompañando a su familia.

La fe, entonces, no fue solamente la fe de Miguel Ángel. Fue la fe de una familia entera. Dios les dio fortaleza a sus padres y sus padres se convirtieron en fortaleza para él. Cada oración, cada visita, cada palabra y hasta aquel silbido de infancia fueron sosteniendo a Miguel Ángel durante un proceso en el que tuvo que aprender nuevamente cosas que antes parecían sencillas.

Después de 17 cirugías y de todo lo que significó volver a empezar, Miguel Ángel comprendió algo que hoy comparte con quienes escuchan su testimonio, muchas veces no valoramos las cosas pequeñas. Tomar agua, caminar, mover una mano, respirar, levantarnos de la cama. Acciones que hacemos todos los días sin detenernos a pensar que también son regalos. Fue necesario atravesar una enfermedad para que pudiera mirar de otra manera aquello que antes parecía cotidiano.

Tal vez ahí está una de las enseñanzas más profundas de su historia. Dios no evitó que Miguel Ángel sufriera, pero estuvo presente en medio de su sufrimiento. No hizo desaparecer sus cicatrices, pero le dio fuerzas para aprender a vivir con ellas. Y mientras él luchaba por sanar, puso a su lado una familia que también supo sostenerlo.

Hoy, cuando Miguel Ángel recuerda aquellos días, no habla solamente de lo que perdió o de las heridas que quedaron en su cuerpo. Habla de lo que recibió, una nueva manera de agradecer la vida, una fe más profunda y la certeza de que nunca estuvo solo. El fuego pudo borrar de su brazo la imagen de San Miguel Arcángel, pero no pudo borrar la fe que lo acompañó durante aquella batalla.

Porque hay momentos en los que Dios no se manifiesta quitando el dolor, sino dando la fuerza para atravesarlo. Y algunas veces esa fuerza llega en forma de oración, de familia, de una madre que sostiene aunque tenga los ojos llenos de lágrimas, de un padre que silba desde lejos para decir “aquí estoy”, o simplemente de la gracia de poder abrir los ojos un día más y dar gracias por estar vivo. Porque quien pone su confianza en Dios puede atravesar la tormenta con la certeza de que nunca será defraudado.



Formación para la vida



Colombia de pie: seguridad, servicio y reconstrucción nacional

Colombia inicia una nueva etapa política en medio de una de las pruebas más duras de su historia reciente. La llegada del presidente Abelardo De La Espriella abrió una expectativa de cambio, especialmente en materia de seguridad y defensa; apenas tres días después de su posesión, el terremoto del 10 de agosto obligó al Estado a responder con rapidez ante una tragedia de enormes proporciones. Estos dos hechos, aunque distintos, están profundamente conectados: ambos exigen autoridad legítima, instituciones coordinadas, presencia efectiva en el territorio y una ciudadanía capaz de reconocerse en un propósito y proyecto común. Desde el Instituto Fe y Paz entendemos que el país necesita seguridad para avanzar, pero también solidaridad, sentido espiritual y reconciliación para levantarse.

Para el sector Defensa, el nuevo Gobierno representa una oportunidad propicia si convierte sus anuncios en una política sostenida, responsable y respetuosa de la Constitución. La recuperación del control territorial, el respaldo al servicio de soldados y policías, la modernización de equipos, la inteligencia contra el crimen y el fortalecimiento de la justicia con garantías claras para la Fuerza Pública pueden devolver empuje y confianza a las Fuerzas Armadas. Sin embargo, el verdadero éxito no se medirá solamente por resultados operacionales; también dependerá del bienestar de quienes sirven, de una sanidad digna, de la protección de sus familias, de la formación permanente y de reglas claras que permitan actuar con firmeza dentro de la ley y con pleno respeto por los Derechos Humanos.

Psi. René Rojas
Director Instituto Fe y Paz

En esa dirección, el impacto favorable más importante puede ser moral e institucional. Cada hombre y mujer de las Fuerzas Militares y de la Policía Nacional debe sentir que su sacrificio es comprendido, que la experiencia profesional es valorada y que la misión está acompañada por decisiones coherentes. Un Gobierno que escuche a los mandos, cuide al personal, administre con transparencia y establezca prioridades realistas fortalecerá no solo la capacidad operacional, sino también la legitimidad del Estado. La fe, entendida como fuente de sentido y fortaleza interior, puede sostener al servidor público sin reemplazar su deber profesional. La seguridad no consiste en enfrentar a unos colombianos contra otros; consiste en proteger por igual la vida, la libertad y los derechos de todos, especialmente de quienes habitan las regiones más golpeadas por la violencia y el abandono.

El terremoto recordó, con dolor, que la defensa de la nación también ocurre lejos del combate. Según el Servicio Geológico Colombiano, el sismo tuvo magnitud 7,4, profundidad de 103 kilómetros y epicentro en San José del Palmar, Chocó; fue el evento de mayor magnitud registrado en Colombia durante el siglo XXI. Los balances oficiales conocidos al 23 de agosto daban cuenta de cientos de vidas perdidas, miles de familias damnificadas y afectaciones extendidas a numerosos municipios. Detrás de cada cifra hay un hogar, una historia y un duelo. La fe no niega ese sufrimiento ni ofrece respuestas fáciles: ayuda a acompañarlo con compasión, esperanza activa y respeto. Reconocer la realidad sin minimizarla es el primer deber de una reconstrucción que quiera ser humana, transparente y duradera.

En medio de la devastación también apareció la mejor versión del servicio público. Ejército Nacional, Armada Nacional, Fuerza Aérea Colombiana y Policía Nacional, junto con bomberos, rescatistas, personal médico, autoridades territoriales y voluntarios, asumieron labores de búsqueda, evacuación, seguridad, transporte de ayudas y acompañamiento a las comunidades. Allí se revela una dimensión esencial de la Fuerza Pública: su capacidad para proteger la vida cuando la naturaleza golpea, llevar al Estado hasta lugares aislados y sostener la esperanza cuando todo parece perdido. Cada rescate, cada vuelo humanitario y cada camino abierto demuestra que el uniforme es, ante todo, una promesa de servicio.

La reconstrucción será larga y costosa. Las estimaciones iniciales del Gobierno superan los treinta billones de pesos y abarcan viviendas, hospitales, escuelas, vías y servicios esenciales. Por eso, no basta con reparar paredes: es necesario reconstruir confianza. Los recursos deben llegar sin corrupción, las comunidades deben participar en las decisiones y la recuperación debe reducir las vulnerabilidades que hicieron más grave el desastre. Esta tarea puede convertirse en una gran misión nacional en la que el sector público, la empresa privada, las universidades, las organizaciones sociales y la cooperación internacional trabajen bajo una misma bandera.

A las Fuerzas Militares y a la Policía Nacional les corresponde mantener la disciplina, la serenidad y la cercanía con la población. Su ejemplo puede ayudar a que el país transforme el miedo en organización y el dolor en solidaridad. La paz que promovemos no es pasividad frente al crimen ni silencio ante el sufrimiento; es la decisión de proteger la dignidad humana, resolver las diferencias dentro de la ley y servir sin odio. A la ciudadanía le corresponde respaldar la institucionalidad, cumplir las orientaciones de gestión del riesgo, rechazar la desinformación y participar en la ayuda con responsabilidad. Al Gobierno le corresponde liderar, rendir cuentas y garantizar que la seguridad y la reconstrucción lleguen a todas las regiones, sin distinción política, social o territorial.

Foto tomada de @COL_EJERCITO



Por eso, el mensaje a quienes hoy visten el uniforme es claro: Colombia reconoce su entrega y necesita su mejor ejemplo. En los días difíciles, la fortaleza no consiste únicamente en resistir, sino en conservar la humanidad, cuidar al Soldado y al Policía, tratar con respeto al ciudadano y mantener viva la vocación. Ninguna emergencia ni amenaza puede arrebatararnos la convicción de que la misión tiene un sentido superior: proteger a la nación y servir a su gente. Que cada acción correcta renueve la confianza pública y que cada comunidad atendida confirme que la Fuerza Pública es parte esencial de la esperanza colombiana.

Colombia no se levantará por la voluntad de una sola persona ni por la acción aislada de una institución. Se levantará cuando Gobierno, Fuerza Pública y sociedad comprendan que pertenecen a una misma nación. Este momento puede marcar el comienzo de un país más seguro, preparado y solidario si la firmeza se acompaña de humanidad, la autoridad de legalidad y la esperanza de trabajo concreto. Desde el Instituto Fe y Paz renovamos la convicción de que servir también es sanar, escuchar y unir. La tragedia nos puso a prueba, pero también nos recordó de qué estamos hechos. Con fe que inspire, paz que convoque, unidad nacional, servicio honesto y confianza mutua, Colombia puede volver a ponerse de pie y avanzar.

Honor y Gloria a la Fuerza Pública de Colombia.



Formación para la vida



Jóvenes castrenses: un llamado a la misión permanente

Psi. Diana Bohorquez
Área de Jóvenes Educación y Cultura

Un llamado a la misión es un llamado a la donación. Esa es la invitación que desde el Área de Jóvenes, Educación y Cultura se realiza permanentemente a los jóvenes de las escuelas de formación y colegios castrenses: un llamado a encender su llama interior en una época contemporánea y pluralista que los invita a vivir la cultura de la inmediatez, lo superficial y lo poco perenne.

Encender la llama interior desde lo pequeño, desde la cotidianidad, como lo vivió Santa Teresita del Niño Jesús, patrona de las misiones; con sacrificio, entrega y amor, como lo hizo San Francisco de Asís; saliendo de la zona de confort, como lo hizo San Francisco Javier, y con pedagogía y coraje, como lo hizo San Juan Bosco, para avanzar en el crecimiento del “ser más” y no del “tener más”; para ser conscientes de que el llamado a la donación nos hace crecer en el espíritu para abrazar cada vez con más fuerza la realidad humana y soltar todo aquello que nos separa del amor genuino y verdadero.

Hoy, luego de que el país enfrentara una de las peores catástrofes de los últimos tiempos, los jóvenes castrenses reciben el llamado a ser misioneros, asumiendo el reto de humanizar la sociedad digital, pasando al mundo real, como lo menciona en la encíclica *Magnífica Humanitas* el Papa León IV, impactando sus diferentes contextos desde una transformación personal y basada en un encuentro personal con Cristo. Por ello, como discípulos activos de Jesús, se cuestionan constantemente sobre sus sueños, proyectos, metas y propósitos, e invitan a sus compañeros de formación a realizar lo mismo: a no conformarse con lo que les ofrece el mundo actual, sino salir de lo convencional, renovar su espíritu e identidad para salir al encuentro y a la ayuda del otro, abrazando su realidad.

Hoy no hablamos de dividir, sino de sumar y multiplicar esfuerzos; no de quedarnos aislados, sino de fortalecernos como país. Hablamos de preocuparnos por la espiritualidad de nuestro hermano, de volver a creer en una sociedad que se conmueve ante la vulnerabilidad del otro, de perseverar en lo correcto, en la verdad.

Y esta es la pedagogía de los líderes misioneros, señalada por el magisterio del Papa Francisco, compuesta por tres dimensiones indispensables para ser un joven misionero contemporáneo:

- 1. La mente:** para dirigir los pensamientos hacia propósitos trascendentales.
- 2. El corazón:** para aprender a reconocer la belleza de lo humano y, en especial, de los más vulnerables.
- 3. Las manos:** para dar, para ayudar, para hacer el bien.

La conjugación armónica de estos tres componentes trae consigo procesos de formación integrales y colmados de sentido, donde el mando dentro de las instituciones castrenses se pueda ejercer desde un liderazgo respetuoso, basado en el ejemplo y la disciplina; y la ejecución de la orden se realice con responsabilidad, prontitud y con la vocación de servirle a todo un país.

El Área de Jóvenes, Educación y Cultura, comprometida con los valores y principios de la juventud castrense y consciente de la realidad que enfrentan nuestros jóvenes, sigue comprometida con realizar una educación desde la potencialización de las virtudes personales, de tal manera que los jóvenes inmersos en sus procesos de formación cuenten con las suficientes herramientas espirituales y psicosociales para enfrentar cada misión en el área de operaciones con firmeza, fortaleza, reflexión, sabiduría, compromiso y, sobre todo, convencidos de que su actuar íntegro construye el futuro que tanto soñamos.



Formación para la vida

Hay momentos...

TS. Maria Antonia Fonseca Ríos
Trabajadora social Certificada en
Proceso de Duelo U. Javeriana

La vida nos enfrenta a momentos que nos dejan sin palabras. Hay angustias que parecen demasiado grandes para expresar, pérdidas que cambian nuestra manera de observar el mundo y circunstancias en las que sentimos que el corazón ya no tiene fuerzas para continuar. En esos momentos difíciles es cuando más necesitamos recordar que no estamos solos y que la solidaridad, el amor, la fe y la compañía pueden convertirse en una luz en la niebla.

Hoy queremos, desde el Obispado Castrense de Colombia y el Área de Solidaridad y Caridad Cristina, dedicar estas palabras de esperanza a todas las personas que están atravesando momentos de inquietud, especialmente a nuestros militares, policías y sus familias, quienes han sido afectados por el sismo que ha sacudido a nuestro país, Colombia.

Hay momentos en la vida en los que guardar silencio parece la única manera de seguir adelante. Intentamos ser fuertes, esconder lo que sentimos y continuar como si nada hubiera pasado. Con el tiempo, se comprende que hablar hace bien, llorar hace bien y expresar aquello que duele también puede ser una forma sana de transitar el dolor.

Quienes hoy lloran la pérdida de un ser querido, quienes esperan noticias, quienes han tenido que enfrentar momentos de zozobra y quienes sienten que su mundo se transformó de un instante a otro, hoy les decimos: No están solos.

A nuestros hombres y mujeres de las Fuerzas Militares y de la Policía, acostumbrados a servir, proteger y mantenerse firmes frente a las dificultades, les recordamos que tienen derecho a llorar, sentir miedo, expresar su dolor y pedir ayuda. La fortaleza no significa no sentir; la verdadera fortaleza también está en reconocer nuestra fragilidad y permitir que otros nos acompañen mientras sanamos. No se nos puede olvidar que, detrás de un uniforme, existe una familia. Hay madres, padres, esposas, esposos, hijos, hermanos y seres queridos que esperan, que sufren y necesitan un cálido abrazo, una palabra de esperanza y la certeza de que su dolor ha sido acogido.



La solidaridad no significa hacer grandes cosas; esta comienza con actos humanos cercanos, como escuchar sin juzgar, acompañar a quien está sufriendo, ofrecer una palabra amable o estar presentes cuando alguien lo necesite, orar por el otro y reconocer que la fragilidad humana hace parte del ser humano. En tiempos de tragedia, cada gesto de humanidad puede convertirse en una semilla de luz que transforma la realidad del otro.

Ahora bien, en medio del dolor que viven nuestras familias colombianas afectadas por el sismo, también necesitamos hablar de esperanza. Esperanza para quienes están buscando a sus seres queridos; esperanza para quienes han perdido su hogar, sus pertenencias o parte de su historia, su vida. Esperanza para nuestros militares y policías que continúan sirviendo, aun mientras enfrentan sus propios dolores, y esperanza para cada una de las familias que necesitan sentir que Colombia los cuida y acompaña.

Y cuando sentimos que nadie ve nuestros esfuerzos, podemos recordar que hay experiencias de vida que suceden en silencio, hay procesos que nadie conoce, lágrimas que no se perciben y oraciones que solamente Dios escucha. Por ello, ¿cómo no decir: "Gracias a Dios por todo lo que hace en silencio"?

Gracias por sostener a quienes hoy sienten que no pueden más; gracias por acompañar a las familias que lloran a sus seres queridos; gracias por dar fortaleza a quienes continúan sirviendo a Colombia.

Quizás hoy todavía no podamos ver el camino con claridad, quizás las heridas sean demasiado recientes y el dolor demasiado intenso. Está bien. Hay heridas que necesitan tiempo y hay lágrimas que necesitan ser lloradas. Llegará el momento en que podamos mirar hacia adelante y comprender que cada paso, incluso el más difícil, nos estará llevando hacia un nuevo aprendizaje, una nueva experiencia y un nuevo lugar.

No olvides que, cuando nos unimos y nos acompañamos, incluso en medio del caos, podemos construir esperanza y progreso, porque de la mano de Dios encontraremos nuevos momentos para recrear la existencia. Vamos con toda, sin miedo al éxito.



Formación para la vida

San Jorge: una obra de fe construida por todos

Pbro. Danilo Arango Marín
Capellán Ejército Nacional

En febrero de 2023, el diácono Danilo Arango Marín fue ordenado presbítero del Obispado Castrense de Colombia y posteriormente designado como párroco capellán de la Trigésima Brigada del Glorioso Ejército Nacional.

Con mucho cariño acepté este llamado de Dios y me trasladé a Cúcuta, Norte de Santander, específicamente al Cantón Militar San Jorge, donde me fue entregada una pequeña capilla. Feliz de recibir mi primera parroquia, me dediqué al trabajo pastoral y a la evangelización de los militares y sus familias.

Sin embargo, ocho días después de mi llegada, una fuerte lluvia inundó el templo de pantano y dejó al descubierto la necesidad de contar con un lugar digno para Dios: un espacio donde los fieles pudieran reunirse para orar, escuchar la Palabra de Dios, celebrar la Santa Eucaristía, reservar y adorar al Santísimo Sacramento y recibir adecuadamente los sacramentos.

Después de analizar esta necesidad junto con las familias del Cantón, decidimos construir un nuevo templo. Así comenzó una verdadera obra de fe y solidaridad. Recurrimos a diferentes empresas y personas de Norte de Santander, quienes donaron los materiales necesarios: arena, piedra, ladrillos, cemento, tejas y otros elementos para la construcción. También realizamos un bingo para conseguir recursos destinados a la estructura metálica y la ornamentación del templo.



Con los materiales reunidos, demolimos la pequeña capilla e iniciamos la construcción del nuevo templo parroquial. Colocamos la primera piedra con la inscripción: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder de la Muerte no prevalecerá contra ella» (Mateo 16, 18). Dios, como artífice y arquitecto de esta obra, puso en nuestro camino soldados que generosamente donaron su trabajo, acompañados por un maestro de construcción que tomó las riendas del proyecto.

Aunque humanamente fue un trabajo agotador, nunca faltó lo necesario. Las familias de la comunidad se unieron a la causa y, mediante la venta de empanadas, tamales, morcilla, envueltos, lechona y salpicones, ayudaron a conseguir recursos para continuar la construcción. Cada aporte fue una respuesta generosa al llamado de Dios.

Después de dos años de trabajo mancomunado con la comunidad y con empresarios de buen corazón, logramos construir el Templo Parroquial San Jorge, un lugar digno para el encuentro con Cristo Jesús. Más que levantar paredes y estructuras, esta obra permitió construir comunidad y demostrar que, cuando la fe une los corazones, es posible hacer realidad grandes obras para Dios.

[Clic aquí para ver el video.](#)



¿Sabías que el CACOM 4 lleva 72 años haciendo historia en los cielos de Colombia?

Tp. Nathaly Martínez Bernal
Comunicadora Social y Periodista

Hay historias de nuestra patria que parecen sacadas de una película, y la del Comando Aéreo de Combate No. 4 (CACOM 4), unidad militar de la Fuerza Aérea Colombiana, ubicada en Melgar, Tolima, es una de ellas. Durante más de siete décadas, esta cuna de la aviación de ala rotatoria no solo ha sido un pilar de la seguridad nacional, sino también la tabla de salvación de miles de colombianos en los momentos más oscuros.

Melgar: donde las alas rotatorias echaron raíces

A comienzos de los años 50, Colombia descubrió la magia del vuelo vertical al recibir sus primeras aeronaves. Para dominarlas, el Gobierno trajo instructores extranjeros y buscó el lugar perfecto para entrenar a las nuevas tripulaciones. La vereda Tiusacá, en Melgar, tenía las condiciones ideales, y fue allí donde nació la base militar, comandada por el teniente Rafael Pinto Serrano, hijo del coronel Luis F. Pinto Parra, cuyo nombre honra hoy a esta unidad.

¿Sabías que...?

En plena década de los 50, volar entre las montañas y la selva del Tolima era una odisea. Para evacuar heridos o llevar suministros, los técnicos adaptaban camillas improvisadas a los lados de los patines externos de los pequeños Bell 47G y Hiller 12A. Sin espacio dentro de la cabina, los pilotos desafiaban el clima y la geografía, volando literalmente con los pacientes “al aire libre”.

Los “Colibríes de Metal”, al rescate de la nación. Cuando las grandes tragedias han sacudido al país, el rugir de los rotores del CACOM 4 ha sido sinónimo de rescate y consuelo.

Memoria historica



¿Sabías que...?

En el infierno del Edificio Avianca (1973): Durante uno de los incendios más impactantes de Bogotá, las tripulaciones del helicóptero presidencial Bell-212 y de Helicoll volaron rozando las llamas y el humo para evacuar desde la azotea a cerca de 500 personas acorraladas por el fuego.

Entre el lodo de Armero (1985): Tras la erupción del volcán Nevado del Ruiz, cuatro helicópteros salieron volando desde Melgar y fueron los primeros en aterrizar sobre el mar de lodo para rescatar sobrevivientes y llevar ayuda donde nadie más podía llegar.

En la avalancha del río Páez (1994): Tras el devastador terremoto que sepultó pueblos en Cauca y Huila, la base de Melgar no solo rescató a los damnificados, sino que adoptó la región durante meses para liderar su reconstrucción.

Más allá de las operaciones: volando con fe y esperanza

Hoy, con 72 años de trayectoria, el CACOM 4 sigue más vivo que nunca, cuidando los cielos del Tolima, Huila y Cundinamarca. Sus helicópteros apagan incendios forestales, combaten la minería ilegal y trasladan pacientes críticos desde las zonas más apartadas del país. Pero, sobre todo, siguen tocando vidas en tierra firme con brigadas médicas y programas de apoyo comunitario. Al final, la verdadera fuerza del CACOM 4 no está solo en el acero de sus motores, sino en el corazón de sus tripulaciones: hombres y mujeres que, en cada despegue, llevan una sola misión en mente: devolverle la tranquilidad y la esperanza a Colombia.



La nueva Cúpula Militar y de Policía recibe la bendición del Obispado Castrense



De esta manera, el Obispado Castrense reafirmó, bajo el liderazgo pastoral de su Administrador Apostólico, su misión de acompañar espiritual y pastoralmente a quienes sirven a Colombia, especialmente en los momentos que marcan nuevas etapas y responsabilidades dentro de la Fuerza Pública.

Nuevos liderazgos, misioneros.



Actividades Pastorales

Bendición de la gruta de Nuestra Señora de Las Lajas – Ejército Nacional, Duitama: Celebración de la Sagrada Eucaristía y bendición de este nuevo espacio de oración, presidida por Monseñor José Roberto Ospina Leongómez, Obispo Castrense, para fortalecer la vida espiritual de los militares y sus familias bajo la protección maternal de la Virgen María.



Eucaristía por el quinto aniversario del Comando Naval – Armada Nacional: Celebración de acción de gracias por la misión, el servicio y la entrega de los tripulantes de esta importante unidad de la Armada Nacional, presidida por el padre Gelbert Rojas, Vicario Episcopal de la Armada como apertura de las actividades conmemorativas de su quinto aniversario.



Visita pastoral al Hogar de Paso del Hospital Militar – Fuerza Aérea Colombiana: El Vicario Episcopal de la Fuerza Aérea Colombiana, padre William Alexander Luz, acompañó a pacientes y familias del Hospital Militar con un mensaje de esperanza, consuelo y fortaleza espiritual, a través de la escucha, la oración y el acompañamiento pastoral.



Velación por las víctimas del terremoto – Policía Metropolitana de Cali: El capellán David Rodríguez acompañó esta jornada de oración y solidaridad, realizada en memoria de las víctimas del terremoto del 10 de agosto y en apoyo a las familias afectadas, elevando desde la Policía Metropolitana de Cali un mensaje de esperanza, fraternidad y fe.





Actividades Áreas



El Área de Animación Misionera del Obispado Castrense de Colombia acompañó esta jornada evangelizadora, con retiros espirituales para mujeres, la Misión Intensiva “Pausa Activa Espiritual” y espacios de acompañamiento, llevando fe, esperanza y renovación espiritual a quienes sirven a Colombia.



El Área de Familia y Mujer del Obispado Castrense de Colombia acompañó el desarrollo del Diplomado de Parejas en el Departamento de Policía Antioquia, un espacio de formación para fortalecer el amor, la comunicación y la vida en pareja, contribuyendo al bienestar y fortalecimiento de las familias que sirven a Colombia.



El Área de Solidaridad y Caridad Cristiana del Obispado Castrense de Colombia desarrolló cerca de siete espacios de acompañamiento en el Departamento de Policía Magdalena y la Policía Metropolitana de Santa Marta, con talleres sobre relaciones interpersonales, equipos de alto desempeño y gestión emocional, fortaleciendo el bienestar de quienes sirven a Colombia.



El Instituto Fe y Paz del Obispado Castrense de Colombia continúa acompañando las Escuelas de Formación de la Policía Nacional. En esta oportunidad, llevó el Seminario de Formación Integral en Derechos Humanos a la Escuela Nacional de Carabineros “Alfonso López Pumarejo” y la Escuela de Guías y Adiestramiento Canino, fortaleciendo la formación humana, ética y el respeto por la dignidad de la persona.



El Área de Jóvenes, Educación y Cultura del Obispado Castrense de Colombia desarrolló una jornada de acompañamiento con estudiantes de la Escuela de Policía Antonio Nariño (ESANA) y jóvenes de grado 11 del Colegio NUSEFA de Soledad, Atlántico, promoviendo el bienestar psicoemocional y espiritual, el fortalecimiento personal y la construcción de un proyecto de vida basado en principios y valores.



Fechas que nos unen en Septiembre y Octubre

Septiembre

- ✦ **9** de septiembre San Pedro Claver y Día Nacional de los Derechos Humanos
- ✦ **21** de septiembre Día Internacional de la Paz
- ✦ **29** de septiembre San Miguel Arcángel y Aniversario de la Aviación del Ejército Nacional

Octubre

- ✦ **2** de octubre Santos Ángeles Custodios
- ✦ **7** de octubre Nuestra Señora del Rosario
- ✦ **10** de octubre Día del Veterano de la Fuerza Pública
- ✦ **13** de octubre Aniversario de Creación del Obispado Castrense
- ✦ **18** de octubre Domingo Mundial de las Misiones
- ✦ **22** de octubre Memoria de San Juan Pablo II

Iglesia

en estado
permanente de **Misión**



OBISPADO CASTRENSE DE COLOMBIA
"IGLESIA EN ESTADO PERMANENTE DE MISIÓN"
Evangelizamos las Fuerzas Armadas de Colombia

+ 57 (601) 4800011

✉ obispadocolombia@gmail.com

📍 Transversal. 28A N°37-48, Barrio La Soledad.
Localidad Teusaquillo
Bogotá D.C – Colombia
2026



**Ayúdenos a
continuar nuestra misión**

Escanee aquí

www.obispadocastrensecolombia.org



Obispado Castrense de Colombia



@obiscastrense